

Óliver

La cultura de la paz



**Instituto
Electoral**

y de Participación Ciudadana

Antonio Ramos Revillas *Ilustrado por Estelí Meza*

Este libro se produjo para la difusión de los valores democráticos, la cultura cívica y la participación ciudadana: su distribución es gratuita.

Colección: *Futuros (e) lectores*

Serie: Entendiendo los valores democráticos

Primera edición, julio de 2022

D.R. © 2022 Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco
Parque de las Estrellas 2764, Col. Jardines del Bosque Centro, C.P. 44520
Guadalajara, Jalisco, México.
www.iepcjalisco.org.mx

© 2022 Antonio Ramos Revillas

© 2022 Estelí Meza

ISBN de la serie: 978-607-8054-13-8

ISBN del presente volumen: 978-607-8054-46-6

Todos los derechos reservados conforme a la ley.

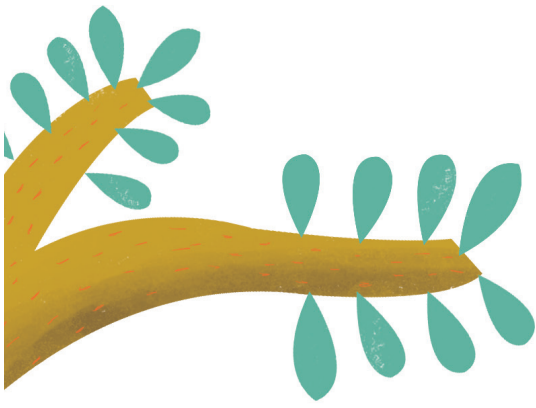
Impreso y hecho en México.

El libro que tienes en tus manos te ayudará a entender y responder preguntas sobre los valores que se necesitan para convivir con los demás. Con apoyo de tus maestros, padres o cualquier otro adulto que te acompañe en la lectura, comprenderás que practicar y comunicar los valores cívicos es mucho más fácil de lo que crees y, tiene un sinnúmero de consecuencias positivas en nuestro entorno.

La paz no es solo la ausencia de guerra, la paz implica el respeto a los demás, a la vida, a la libertad e implica otras palabras como democracia, educación, tolerancia e igualdad. La cultura de la paz realiza acciones para cumplir con esos valores: de eso se trata este libro.

Te invitamos a buscar los demás títulos de la serie “Entendiendo los valores democráticos” del Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco, a través de sus personajes e historias conocerás los valores necesarios para vivir en sociedad.

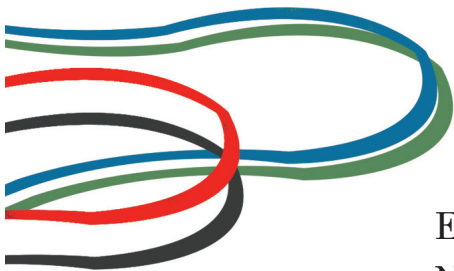




A Fer le gustan los robots; lo supo desde que el maestro Álvaro lo invitó a las sesiones de robótica y entendió lo que podía hacer al unir circuitos, cables, pinzas y mini motores.

Fer aguarda en la banqueta de su casa a que pasen los chicos para ir al taller de robótica. En la mano tiene una bolsa con agua. El Sol le pega en la cara, pero no le importa. No puede dejar de pensar en lo que había pasado por la mañana, “al rato que lo vea me voy a vengar”.





En el taller no hay papás que los vigilen. Ni límites. Ni nada. Solo piezas y cables, circuitos interminables, computadoras para programar y mesas grandes donde con muchas piezas se arman pequeños robots que se mueven, andan y giran 360° sobre su eje. Todavía recuerda cuando armaron los primeros usando piezas de lego.

También le gusta el taller porque el tiempo pasa muy rápido, no es como en la escuela o el camino a casa en el que cada segundo es interminable. Además, todos son amigos: Clara, Zulema, Liz, Alejandra, Armando, José... y también Alan.

Alan el inteligente, el que sabe programar, con sus camisas desfajadas, Alan el interesadillo, Alan y su risa de zonzo, Alan el que se burló de él en la escuela... Alan, el que ahora debe pagar por eso.





Fer trae mucho coraje. No puede ni pensar el nombre de su enemigo. “Qué palabra tan fuerte”, piensa, “enemigo”. Pero la dice después con orgullo: “ya tengo once años y tengo un enemigo. Y a los enemigos hay que pegarles, hay que vengarse de ellos”.



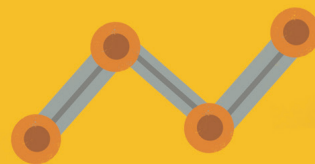
Lo único malo es que Alan, el *enemigo*, es el programador del equipo de robótica, nadie como él para hacer que un movimiento tan simple se resuelva con la mayor rapidez, hasta parece que los robots son sus amigos. La frente se le llena de sudor solo de acordarse de lo ocurrido: él venía muy tranquilo, con una limonada en una mano



y con un sándwich en la otra cuando tres chicos salieron corriendo por el pasillo y le tiraron la bebida encima. Una mancha inmensa le quedó a la altura del cierre del pantalón y el sándwich fue a parar al suelo. Alan fue el primero en verlo y, aunque se veía nervioso, no lo pudo evitar y soltó una carcajada que llamó la atención de los demás.

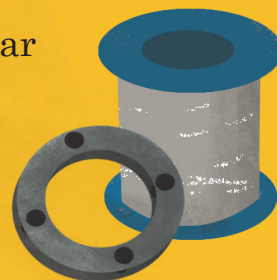


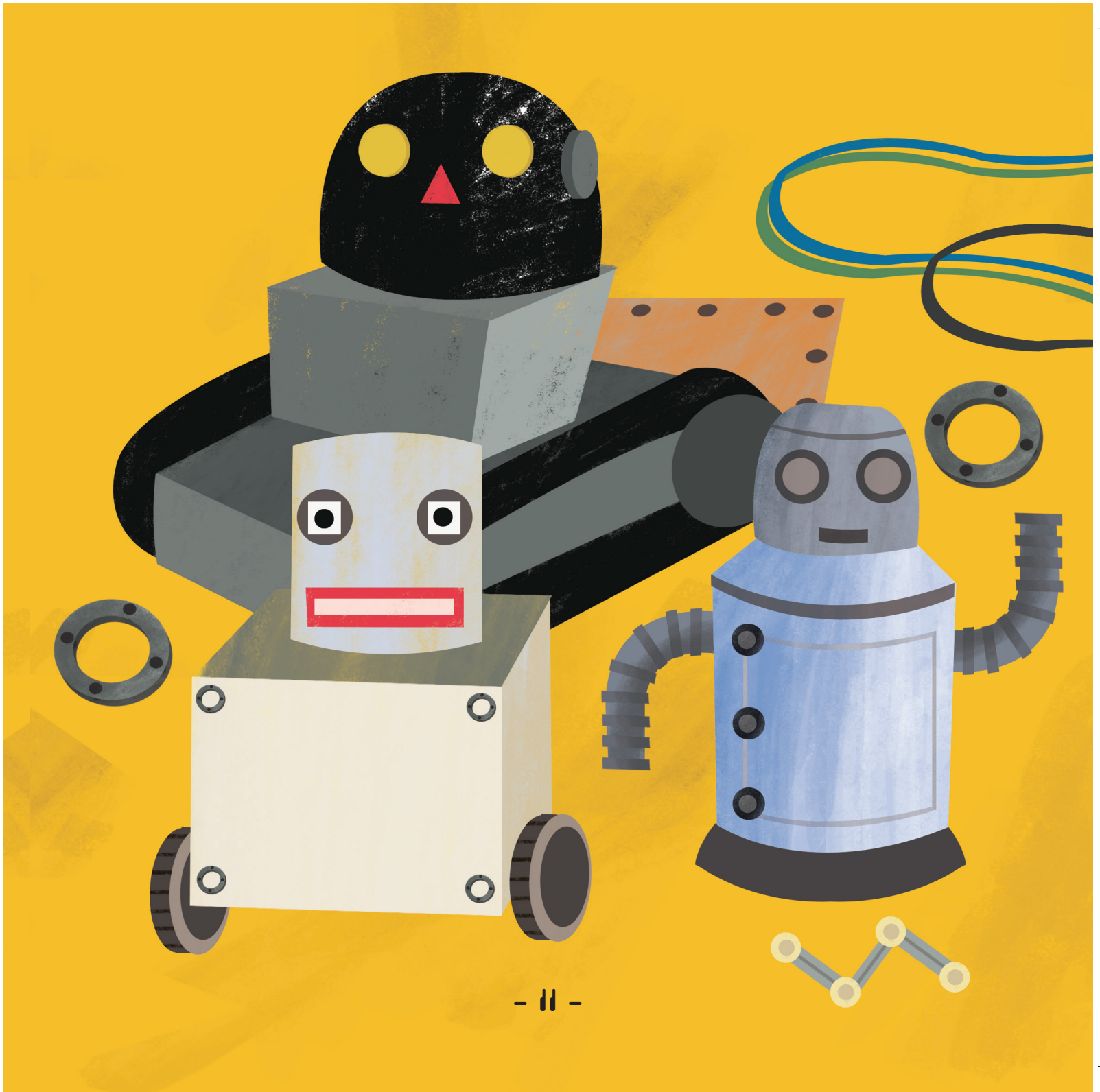
La tarde es fresca a pesar del sol. El viento mueve las copas de los árboles. Unos perros se persiguen en una confusión de ladridos más adelante. Cuando al fin llegan al taller, Fer busca a Alan, pero no lo encuentra. “¡Cobarde, ya sabe lo que le espera!”.



Fernando decide dejar la bolsa con agua debajo de una silla y el trabajo lo distrae. Justo la noche anterior resolvió un problema en la programación para hacer que la cintura del robot, pueda girar 360°; robot al que por cierto, él y Alan coincidieron en llamar: Óliver.

Pero como no está Alan y él tiene la programación maestra, no pueden hacer pruebas. Por lo tanto, el grupo decide trabajar en otro robot en lo que llega su compañero.







El tiempo se les va entre movimientos torpes del nuevo prototipo, en contar chistes, en ver videos de competencias de robots en internet. “Dónde está Alan”, preguntan cada intento de hacer que Óliver se mueva.



—¿Y si le hablan? —pregunta Liz.

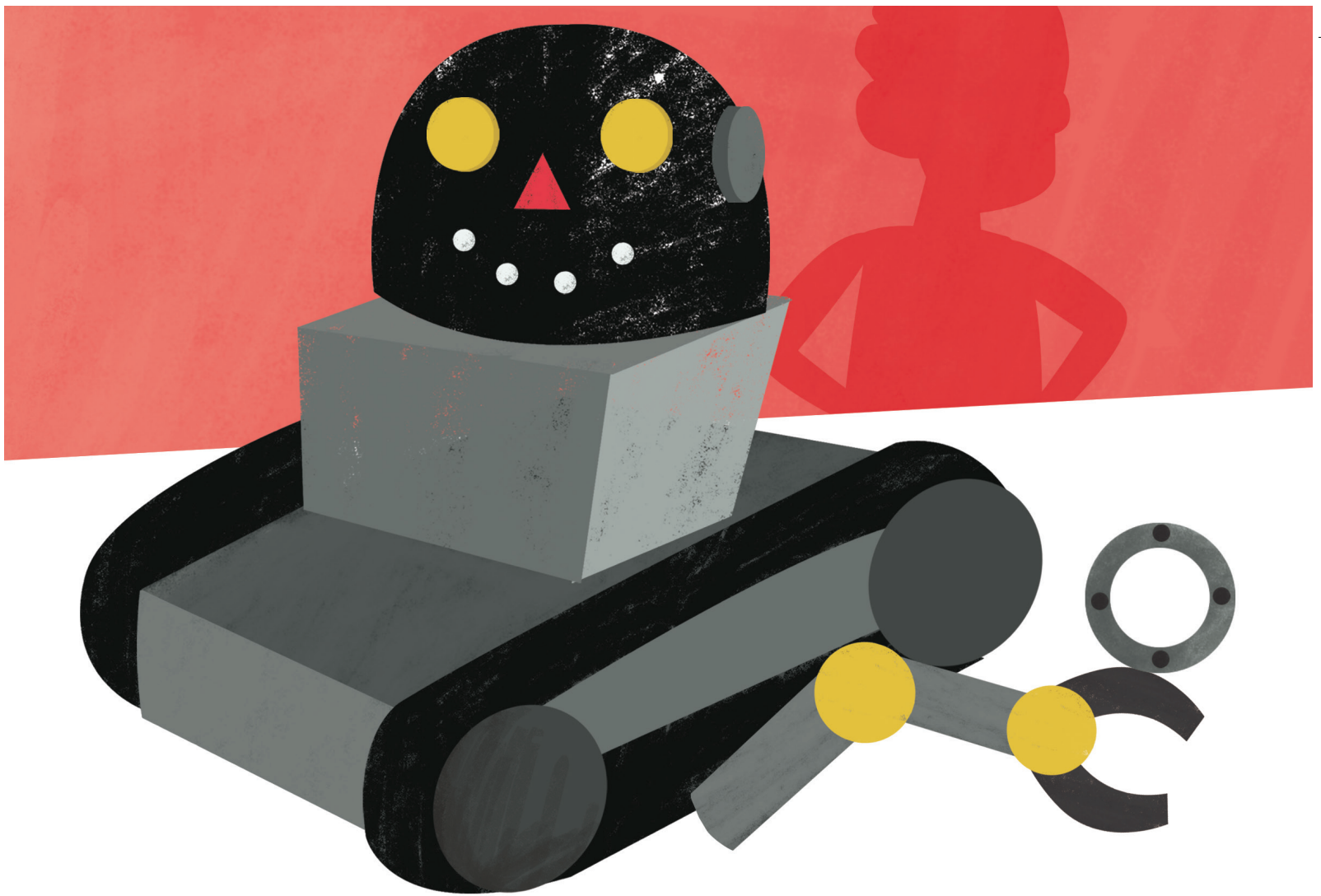
—¡Ya!, pero no contesta —responde Alejandra.

—¿Y si le mandan un mensaje a su celular? —comenta José.

—También, sí lo vio, pero no contesta —se queja Armando.



Solo Fer sabe por qué no ha llegado Alan. Saca su celular y busca los mensajes que le escribió al llegar a casa, mientras se cambiaba el pantalón húmedo: “cuando te encuentre, ¡vas a ver! Y ya sabes porqué”.



Ahora están detenidos y mañana será la competencia.
Fer observa a Óliver, el pequeño robot con sistema motriz
de oruga y sus pinzas caídas, como si el propio robot
supiera que todo está perdido.



Casi al filo de las siete, aparece Alan. El Sol ha empezado a caer. No tardan en recriminarle que haya llegado tarde, “¡ya ni queda tiempo para trabajar en Óliver!” Alan, larguirucho, centra toda su atención en Fer y luego le da la espalda. Fernando aprovecha para ir hasta la silla donde está la bolsa con agua; pesada, turbia, y la levanta. Se le acerca a Alan quien acaba de encender su computadora y aparece en la pantalla una foto de Óliver.



Fer, lanza la mano cerrada como un puño para asestarle un golpe fuerte. Se revuelve el agua, se agita, afilada, al interior del plástico. Solos. Los dos chicos, como en los viejos tiempos en los que no había computadoras, ni mesas ni circuitos ni luces intermitentes, como si estuvieran en un llano, sin límites, listos para luchar por ser el líder. Alan se echa para atrás, esperando el golpe; pero de pronto Fer observa la cara de Óliver: el rostro negro y con las pequeñas luces



rojas y recuerda, rapidísimo, que fue idea de ambos nombrarlo así, porque así se llamaba el abuelo de Fer al que nunca conoció y que el nombre significa *el que trae la paz*; piensa que es probable que si le pega a Alan nunca más lo dejarán diseñar robots, que va a terminar yéndose a otro sitio y se juntará con otros chicos que ni son sus amigos; y, que el maestro Álvaro no lo va a dejar unirse a ningún equipo de robótica en la escuela.



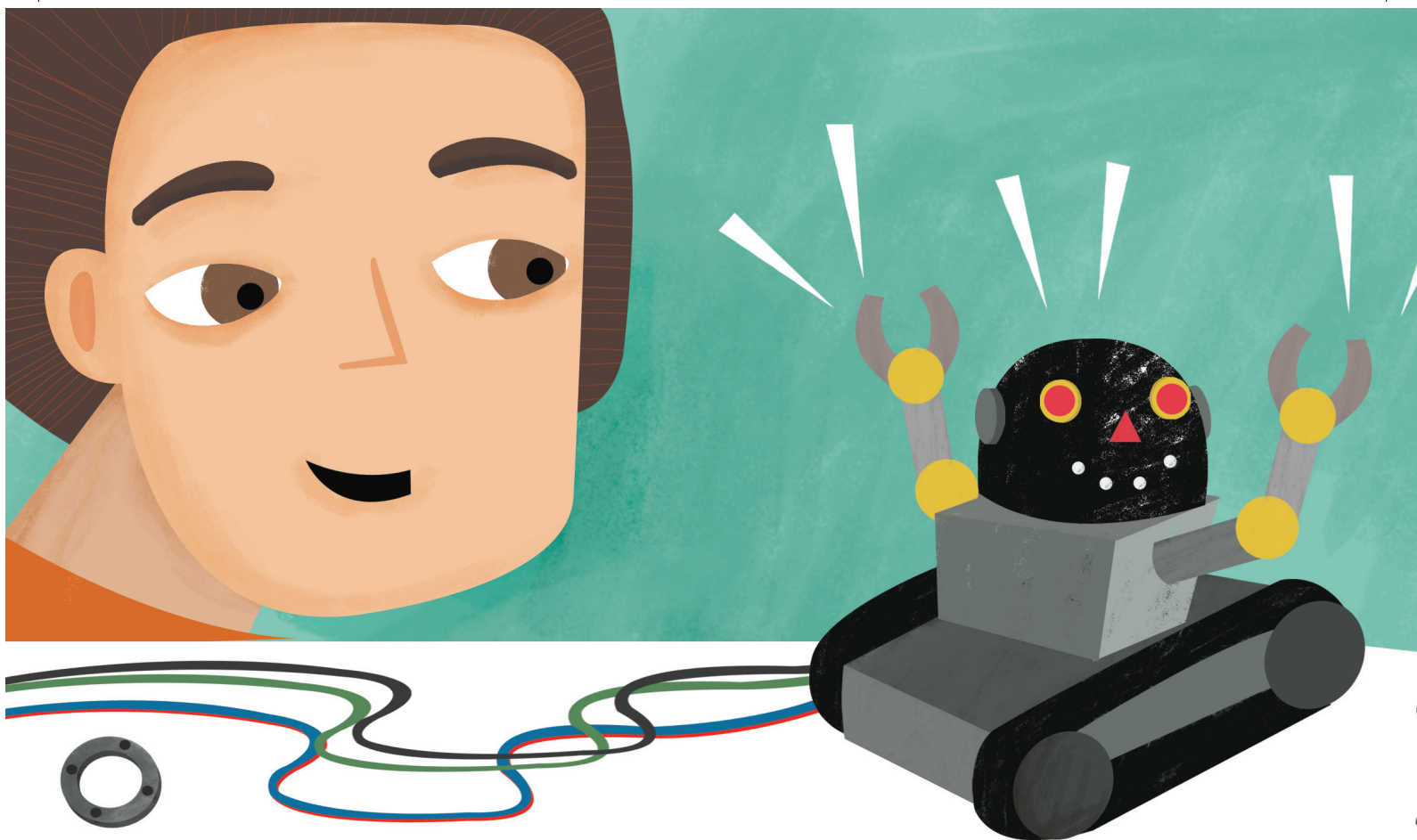
Alan al fin voltea, asustado y observa la bolsa tambaleante de agua a la altura de su rostro. Los demás chicos están sorprendidos, Alejandra o tal vez Liz, han gritado el nombre de Fer.

Al fin, Fer baja el puño. Se siente observado por todos, quisiera salir huyendo, pero se planta frente a la mesa y aunque gira el cuello para buscar al robot, vuelve a mirar a Alan y le dice:

—Te iba a mojar porque te burlaste de mí en la escuela, y me hiciste sentir mal y quería vengarme... perdón —sus palabras salen heridas, como circuitos sin comunicación. Alan inclina la cabeza.

—Sí, es que cuando te vi me reí porque una vez me pasó lo mismo, me dio un ataque de pánico. Luego vi tu mensaje de que te vengarías o harías no sé qué cosa, y no iba a venir, pero es que hemos trabajado mucho en Óliver y pues... Es más, ahorita estoy bien nervioso y quiero soltar una carcajada de los nervios... discúlpame... —Alan sonrío y suelta una risilla nerviosa.





—Bueno, si ya arreglaron su problema, es hora de ponernos a trabajar en equipo y en santa paz. Ese robot no se va a mover solo —dice el maestro. Al fin, todos los chicos se acercan y empiezan a armar la mesa para las pruebas con Óliver. Fer empieza a ver la programación que Alan exhibe ahora en su computadora y le explica cómo hacer para que Óliver haga una serie de acciones que hasta ahora no ha podido.



La pinza al fin se aprieta. Los pequeños motores internos se encienden. Los engranes empiezan a moverse. Una pequeña descarga de energía sube por los cables y encienden al fin los ojos de Óliver, quien observa primero la mesa sobre la que está, ese mundo distinto a él en donde al girar el cuello ve a dos amigos inclinados frente a una computadora. 🌀

